

Es ya un tópico decir que el Oriente Medio es un mosaico de razas, idiomas y religiones. Tal tópico sugiere la idea—en gran parte ceñida a la realidad—de una situación estática que, planteada en tiempos más o menos remotos, perdura hasta nuestros días sin alteraciones ni interacciones sensibles. Sin embargo, ese abigarrado mundo no está quieto, vive. Por ello, para imaginar ese fenómeno de minorías múltiples insertas en una mayoría, también varia, que es una de las características del Oriente Medio, estimamos más adecuado recurrir al kaleidoscopio y a las combinaciones de formas y colores que componen las muchas imágenes que permite ver.

Entrar en las causas que han originado ese fenómeno sería tanto como escribir la larga y agitada historia de ese sector del mundo. Por tanto, sólo cabe señalar el hecho de que el Oriente Medio ha sido, desde los albores de la humanidad, cuna de civilizaciones¹ y campo de batalla de tribus y pueblos autónomos y vecinos², que se desparramaban en oleadas sucesivas e implacables con los vencidos, pero dejando a salvo tal o cual islote racial, idiomático o religioso. La supervivencia del pueblo judío, pese a todos los avatares, explica, al menos en parte, que pequeños núcleos de pueblos destruidos por las conquistas hayan escapado a las ma-

¹ En el Iraq se han descubierto hace pocos años vestigios de la más antigua civilización conocida. Trátase de sepulturas anteriores a las de la primera dinastía egipcia y también anteriores a la civilización sumeria. Vid.: Benoist-Méchin, *Un printemps arabe*, París, 1959.

² Estos movimientos de pueblos invasores aparecen claramente diseñados a través del Antiguo Testamento, singularmente cuando se estudia a la luz de la Historia, como lo hace con particular acierto Daniel-Rops en su *Histoire Sainte*, París, 1945.

tanzas y persecuciones, como es el caso de los asirios, por ejemplo. A este hecho de supervivencia, que también significa aislamiento en el mundo creado por los vencedores, hay que agregar—sin buscar una explicación—la singular inquietud religiosa, también característica de un «Oriente que ora», según expresión de Pío XII. Prescindiendo de religiones que podríamos llamar históricas o que sólo son actualmente practicadas por mínimas minorías, como la religión de los mandeos de San Juan Bautista, descendientes de los «pueblos del mar» que originaron la civilización de Sumer y Akkad, o de los yezidis, pintorescos adoradores del diablo, recordemos por orden cronológico que el Judaísmo, el Cristianismo y el Islam tienen su cuna en esa región del globo de prodigioso hervor religioso y no a salvo, debido a su situación geográfica, de influencias foráneas de ese orden, cuales las de Grecia, de la India y de Persia.

La tempestad de conquistas, reconquistas, luchas y convulsiones que registra la historia del Oriente Medio desde la más remota antigüedad mainó, al menos en superficie, al producirse la expansión otomana que, durante seis siglos, impuso una dominación única musulmana. Fué como la tapadera que cubría una olla donde elementos heterogéneos, cuando no antagónicos, seguían diferenciados entre sí y al acecho de la ocasión para romper a hervir y dar al traste con una unidad impuesta por circunstancias de fuerza y, en modo alguno fruto de una adhesión al poder dominante o de un propósito de irse integrando al mismo.

Aferradas a sus tradiciones, recelando unas de otras, desconectadas entre sí, viviendo en cierto modo en circuito cerrado y, sin embargo, coexistiendo, esas minorías medio orientales han arribado a nuestros tiempos apenas cambiadas por los acontecimientos, aunque evolucionando en sí, dentro de la evolución general del Oriente Medio, y formando complicadas combinaciones que, a la postre, multiplican el número de esas minorías a base de tres factores: el racial, el idiomático y el religioso. Porque una de las particularidades más dignas de ser destacadas, tanto respecto a las minorías como a la mayoría en el Oriente Medio, es su falta de cohesión. Ni las minorías ni la mayoría constituyen bloques unidos a la vez por la raza, el idioma y la fe. Todas las minorías se ramifican en subminorías diferenciadas unas de otras por motivos raciales, idiomáticos o doctrinales e incluso rituales. La minoría cristiana, mejor dicho, las minorías cristianas, comprenden cristianos vinculados a Roma, ortodoxos y pequeños núcleos protestantes. Pero no todos los católicos son de rito romano, como

es singularmente el caso de los maronitas³, los griegos católicos⁴, los cop-
tos católicos, los sirios católicos y los armenios católicos, hecho éste que
sin afectar a los principios dogmáticos estorba la unidad de esos cristia-
nos, distanciados con frecuencia entre sí por el idioma. En efecto, aun
cuando casi todos esos católicos de diversos ritos sean arabófonos, también
hay comunidades minoritarias católicas cuyo idioma es algún dialecto
kurdo (los sirios católicos), el armenio e incluso el siriaco o arameo, idio-
ma en el que Cristo predicó el Evangelio, que usan ciertas pequeñas comu-
nidades cristianas de Siria (caldeos y sirios católicos). Pero también ha-
blan este idioma los nestorianos de raza asiria, los cuales no pertenecen a
la Iglesia Católica. Aunque racialmente las comunidades dependientes de
la Iglesia Católica sean árabes en su casi totalidad, los armenios, en parte
católicos, no lo son. En cuanto a los llamados ortodoxos, hay que distin-
guir los vinculados a la Iglesia cismática griega (rusa o griega) y las tres
Iglesias monofisitas: la copta ortodoxa, la siria ortodoxa o jacobita—cuyas
posiciones doctrinales se asemejan a las de la Iglesia copta ortodoxa, aun-
que jerárquicamente sean independientes una de otra—y la Iglesia ortodoxa
armenia. Los nestorianos, ellos, emergen como un islote distanciado de
ambos grandes grupos cristianos, el católico y el ortodoxo, y representan
la curiosa supervivencia de la herejía de Nestorio, que distinguía dos per-
sonas en Cristo, la divina y la humana y que fué condenada en el siglo v
por el Concilio de Efeso. Esta enumeración evidencia que el apelativo ge-
neral de «cristianos» abarca una diversidad sólo comparable al pulular
de sectas y capillas existentes bajo el rótulo de «protestantes». Por otra
parte, aun en el caso de una minoría racialmente tan una, cual la de los
kurdos, la división en subminorías nace, primero, de que siendo todos los
kurdos musulmanes, unos son sumnitas y otros chiitas, aparte de la división
originada por motivos idiomáticos, ya que no existe un idioma kurdo pro-
piamente dicho, sino un grupo de dialectos más o menos afines, ello como
consecuencia de la dispersión geográfica de las tribus kurdas afincadas
en Siria, Iraq, Irán, Turquía y hasta en la U. R. S. S.

³ Los maronitas practican el rito griego, pero reconocen la autoridad del Papa, extremo este que los diferencia de los griegos ortodoxos. Su estatuto especial dentro de la Iglesia Católica data de 1736 y les fué concedido por Bula papal. Tienen la liturgia siriaca y leen el Evangelio en árabe. Su Patriarca tiene las prerrogativas de un Arzobispo.

⁴ Los griegos católicos sometidos a la autoridad de Roma practican el rito bizantino.

La mayoría musulmana, que domina ampliamente en general esas minorías, salvo en el Líbano, resulta, sin embargo, casi tan fragmentada como lo son los cristianos, primero desde un punto de vista doctrinal. En efecto, los sunnitas, que acatan la tradición y no admiten la necesidad de un clero para la interpretación infalible del Corán, aparecen dentro del Islám como la Iglesia Católica dentro del Cristianismo, desempeñando, junto a los chiitas⁵ el papel de la Iglesia Católica junto a los protestantes. Mas la división de los musulmanes en el Oriente Medio no se limita a estos dos grandes grupos. Los chiitas han dado origen a numerosas sectas que dicen ser musulmanas⁶. En realidad, no sólo son herejes respecto a la Sunna, sino heterodoxas, sincréticas y a veces aberrantes, notablemente influidas por aportaciones doctrinales o filosóficas indias o de viejas religiones desaparecidas. En tal caso, están singularmente los drusos, los alauis y los ismaelitas. Asimismo, musulmanes son los circasianos, pero no de raza árabe.

En este conjunto musulmán se da, por lo demás, parecida diversidad idiomática que en las minorías de otras creencias. Ciertamente, los musulmanes de Oriente Medio hablan en general el árabe. Pero los musulmanes kurdos hablan sus dialectos. Los mismos judíos, bloque racial aparentemente sin fisuras, no escapan en Oriente Medio a ese sombrío furor de fragmentación hasta reducirse a ínfimas minorías particularistas, sin otra fuerza que la resistencia a la presión y, ocasionalmente, a la opresión de la mayoría o la minoría más vigorosa. Desparramados antes de la creación

⁵ Al morir el Profeta Mohamed fué elegido como sucesor Abu Bequer, al que sucedió Aomar y a éste Aotman. Aali, yerno del Profeta, se presentó como candidato a la sucesión de Mohammed, originando tal pretensión una serie de luchas y convulsiones que culminaron en la batalla de Al Jarach, en la que Aali y sus partidarios sufrieron una derrota. Desde entonces se considera rama ortodoxa del Islam los que se apoyan en el hecho de que los tres primeros Jalifas (Abu Bequer, Aomar y Aotman) pertenecían, como el Profeta, a la tribu de Koreich, lo cual supone una tradición o Sunna. Los chiitas o partidarios de Aali sostienen en cambio que la Sucesión al Jalifato del Islam debe asegurarse a través de la familia del Profeta o *hachemí*, es decir, a través de los descendientes de Fátima, hija de Mohammed y Aali, su yerno. Chiitas viene de *Chiaa de Aali*, o partidarios de Aali.

⁶ Las principales sectas derivadas del Chiísmo son el Imanismo, el Septimanismo, cuyas principales subsectas son las de los ismaelitas, cármatas, fatimitas, «asesinos», drusos, etc., que con los *nosairis* y los *ali-il-Jahis* forman subsectas consideradas extremistas desde un punto de vista religioso. Entre las sectas modernas se encuentra el Chejismo, el Babismo y el Behaísmo. Sobre este tema. Vid. Fernando Frade, *Sectas y movimientos de reforma en el Islam*, Tetuán, 1952.

del Estado de Israel por los diversos países del Oriente Medio, había no sólo judíos de observancia mosaica, sino también karaitas y samaritanos. Desde 1948, la casi totalidad de esos judíos minoritarios en países árabes, en particular en el Iraq, se han replegado hacia Israel, donde el idioma oficial es el hebreo. Sin embargo, sobre todo entre los adultos y los ancianos, la lengua vernácula no suele ser el hebreo, sino el árabe, el yid-dish o el español.

Ante tal diversidad de pueblos y creencias, cabría admirarse de que el Imperio otomano lograra mantenerse durante tantos siglos en el Oriente Medio. Sería olvidar que los turcos no tuvieron siquiera que aplicar el famoso principio político de «divide et impera». Todo estaba ya tan dividido y hasta desmenuzado que la falta de adhesión sincera—cuando no la aversión—hacia el poder otomano no fué factor aglutinante para unir a todos contra él. En cambio, no dejaron de producirse choques entre minorías antagónicas, en particular el que se produjo en 1860 en el Líbano, al caer los drusos sobre la población cristiana. No obstante, estas mismas divisiones fueron otras tantas fisuras que resquebrajaron un Imperio que finalizó con la I Guerra Mundial. Recordemos a este respecto que las minorías cristianas católicas se venían volviendo desde hacía algún tiempo hacia Occidente—singularmente hacia Francia—en busca de apoyo contra los turcos, como los ortodoxos hallaron en Rusia una eventual protección que, por cierto, tampoco niega la U. R. S. S., heredera en este aspecto como en otros, de la política mediterránea zarista. Asimismo, los oprimidos armenios venían recabando la ayuda de Occidente para hacer triunfar su incipiente nacionalismo, contrapuesto al llamado nacionalismo kurdo por motivos territoriales. Aquellos intentos de liberación armenia desencadenaron, a finales del siglo XIX, una reacción de feroz energía por parte de Turquía y las tremendas matanzas de armenios que entonces estremecieron al mundo. Pero Occidente ya había metido una palanca bajo la losa del Imperio otomano decadente, ello a través de dos Universidades establecidas en Beirut, una católica, la de San José, y otra protestante, fundada por Estados Unidos. Destinadas a proporcionar una cultura moderna a las minorías cristianas, de hecho esas Universidades estuvieron abiertas a todos, formándose así minorías evolucionadas que habían de imprimir un ritmo acelerado al nacionalismo árabe, que ya estaba dando sus primeros pasos, singularmente alentado desde Egipto y América, donde existía una activa

emigración sirio-libanesa⁷. Nacido a raíz del renacimiento cultural árabe, c. Nahda, ese nacionalismo no dejó de ser acogido con cierto recelo por las minorías cristianas, fundamentalmente porque no establecía una muy clara delimitación entre lo árabe, compartido por las minorías árabes de raza, y lo musulmán⁸, en tanto que las restantes minorías de otras razas y credos se mantenían al margen o luchaban por su cuenta desentendiéndose de ese movimiento nacionalista árabe, que la I Guerra Mundial ayudó poderosamente. Liberado el Oriente Medio del poder otomano, a sus divisiones históricas ya señaladas se superpuso su división en zona de influencia británica y francesa, bajo la forma de Mandatos⁹. Fueron, pues, los vencedores y aliados en la conflagración quienes configuraron las fisonomías geográficas y, en cierto modo, políticas de los países del Oriente Medio tal y como existen actualmente. En cuanto a los problemas de minorías y mayorías, las potencias mandatarias no se limitaron estrictamente a asumirlos, sino que su política las tuvo en cuenta, utilizándolas ocasionalmente no sólo para mantener un equilibrio interno en los Mandatos, sino también para asentar el poder mandatario. El apoyo francés a los alauis de Siria y el británico a los asirios del Iraq son los ejemplos más destacados de esa política¹⁰.

Fué la II Guerra Mundial la que permitió que, ya independientes, apareciera en la vida internacional una serie de naciones del Oriente Medio

⁷ Vid., Rodolfo Gil Benumeya, *Panorama del Mundo Árabe*, Madrid, 1952.

⁸ Sin embargo, al producirse la unión de Egipto y de Siria en 1958, los Maronitas del Líbano se adhirieron a esta iniciativa en la persona de su Patriarca, Monseñor Meuchy, quien declaró que el movimiento hacia la unidad árabe se haría con o sin los cristianos, respecto a los cuales consideraba que de no incorporarse a este movimiento serían barridos. El posterior desarrollo de los acontecimientos muestra cuán aventurado es establecer previsiones políticas sobre la base de los movimientos pendulares de un mundo en busca de su equilibrio y de su camino.

⁹ En tiempos del Imperio otomano, el Oriente Medio constituía dos wilayet: la de Siria, que comprendía a Siria, Jordania, Líbano y Palestina, y la wilaya de Mesopotamia, que correspondía poco más o menos a los límites del actual Iraq. Por el tratado secreto Sykes-Picot, de 1916, esas regiones debían dividirse: 1.º una zona azul de administración directa francesa; 2.º una zona roja de administración directa británica; 3.º una zona marrón, internacional, Palestina; 4.º una zona A de soberanía árabe e influencia francesa; 5.º una zona B de soberanía árabe e influencia británica. Benoist-Méchin, *Un printemps arabe*. En la Conferencia de San Remo (abril 1920), Francia consiguió un mandato sobre los territorios de Damasco, Alepo y Beirut. El texto definitivo de dicho Mandato no lo definió la Sociedad de las Naciones hasta 1922.

¹⁰ Vid. la obra ya citada de Rodolfo Gil Benumeya, *Panorama del Mundo Árabe*.

para las cuales el nacionalismo árabe, en la mayoría de los casos, quedaba relegado detrás de unas aspiraciones que reflejaban un particularismo derivado de la creación, con frecuencia artificial, de esas naciones. Por otra parte, se evidencia que el mismo nacionalismo árabe, aunque tendía a romper el marco a veces estrecho de los nacionalismos particulares, tenía el fallo de no ser factor de aglutinación y articulación de grupos varios, siendo como era y por definición un tanto excluyente de minorías, singularmente por la indicada confusión entre lo árabe y lo musulmán. La creación en 1944 de la Liga Árabe se inscribe—quíerese o no—en esta línea de arabismo-islamismo que explica la cautelosa prudencia con que el Líbano, país árabe, pero de mayoría cristiana, ha actuado siempre con relación y dentro de la Liga. Por otra parte, el colapso de Francia y el lento desvanecimiento de la influencia británica en el Oriente Medio fueron factores que modificaron el equilibrio existente entre minorías y mayorías, en particular en el Líbano, muy volcado hacia Francia y cuya mayoría había adoptado su cultura y su idioma. Finalmente, es de señalar que a raíz de la guerra, la U. R. S. S. se aprestó a tomar el relevo de las potencias occidentales, como también lo hizo Estados Unidos. La U. R. S. S. operó en parte a través de las minorías ortodoxas, tradicionalmente vinculadas a Rusia. Por lo demás, la solución por la U. R. S. S. de su también complicado problema de minorías no ha dejado de ser considerado con interés por la «inteligentzia» del Oriente Medio y por determinados sectores políticos que han de habérsela con semejante dificultad, lo cual no pretende decir que algún país del Oriente Medio se ha encarado con la cuestión para tratar de resolverla y lograr una unidad en la diversidad. La situación de inestabilidad o escasa estabilidad política de esos países no ha permitido que se busque una fórmula capaz de integrar en la vida nacional, junto a la mayoría, a esas minorías que, en definitiva, son nacionales, cualquiera que sea a la postre su raza, su idioma o su religión. Por tanto, puede decirse que pese a las modificaciones de tipo interno e internacional, el problema de las mayorías y las minorías heterogéneas sigue en pie en el Oriente Medio.

Así, la población del Líbano, que se estima aproximadamente de un millón quinientos mil habitantes¹¹, es cristiana en un 53 por 100; musulmana en un 46 por 100, siendo el resto drusa. Entre los cristianos son maronitas unos 359.000; griegos ortodoxos, 123.000; católicos griegos y

¹¹ Censo de 1949: 1.400.000 habitantes.

romanos, 73.500; y unos 12.500 protestantes. Los 600.000 musulmanes comprenden 260.000 sunitas y 225.000 chiitas¹². Pero sumando los chiitas y los drusos se constituye una mayoría frente a los sunnitas... Los drusos, por su parte, constituyen una minoría sólidamente organizada, con jerarquías religiosas y sociales de tipo feudal, lo cual no facilita, es evidente, una auténtica integración de esta minoría en la vida nacional. Los arusos son sobre todo agricultores, antaño divididos por luchas de facciones rivales. En cuanto a los 77.000 armenios, aproximadamente, afincados en el Líbano, tienen la particularidad de ser arabófonos. Son casi todos ellos refugiados de territorios turcos después de la I Guerra Mundial, durante la que fueron objeto de sangrientas persecuciones. La cesión por Francia a Turquía del Sanyak de Alejandreta provocó una nueva emigración de armenios hacia el Líbano. La mísera situación de esos refugiados en los primeros tiempos de su instalación ha mejorado sensiblemente, a tenor de la evolución económica de ese país, cuya principal riqueza procede del comercio de tránsito que se efectúa a través del mismo. Es esta floreciente situación económica, debida al comercio—no en vano los fenicios procedían de ese territorio—, la que permite al país sortear y superar dificultades nacidas en parte de que el Gran Líbano actual, de población heterogénea, se opone en cierto modo al Pequeño Líbano maronita que formaba un todo coherente. Las diferencias de nivel cultural entre cristianos y musulmanes, superior el de los primeros en general, es un índice de las diferencias existentes entre comunidades distintas por la estructura social y económica, las costumbres, la mentalidad y las aspiraciones. La comunidad maronita es en gran parte agrícola. Los musulmanes tienden a predominar en las ciudades, donde forman un proletariado inquieto, junto a un sector dedicado al comercio y a las profesiones liberales. En cuanto a los chiitas, constituyen un miserable proletariado agrícola, casi asimilable a los siervos.

Esa diversidad ha pretendido ser recogida en la Constitución de 1920, obra maestra de dosificación de cargos políticos y empleos públicos¹³, pero no ha resuelto del todo las consecuencias derivadas de las divergencias básicas implicadas en el hecho de las minorías cuyas concepciones y orientaciones políticas no siempre coinciden con las de la mayoría. De ahí que en el Líbano, junto al «occidentalismo» se agite el «neutralismo» y que

¹² A. H. Hourani, *Minorities in the Arab World*, Oxford University Press, 1947.

¹³ Las actas en el Parlamento están repartidas entre las diversas religiones, proporcionalmente al número de fieles.

los partidarios de la independencia absoluta del país, ello por motivos religiosos y culturales, hayan de habérselas con los que abogan por una más estrecha unión con el mundo árabe, al que el Líbano pertenece idiomática y racialmente. Ello explica que la marcha del Líbano no esté exenta de tropezones y empujones que sorprenderían de no tenerse en cuenta que el país es un rompecabezas cuyas piezas no han encajado aún del todo en forma que el Líbano adquiriera su verdadera y definitiva fisonomía de Suiza del Oriente Medio, como se ha dicho.

El problema que plantea a Siria la existencia en su territorio de numerosas minorías no es menos arduo que el del Líbano, aunque en este país la mayoría sea musulmana sunnita. En una extensión de unos 187.000 kilómetros cuadrados (Líbano, 9.400 Km²) viven aproximadamente cuatro millones de habitantes divididos en dieciséis comunidades religiosas que, aparte de la mayoría sunnita, por orden decreciente de importancia son: los chiitas, cristianos ortodoxos, alauitas, armenios, drusos, católicos, melkitas, monofisitas, siriacos católicos, etc., no limitándose las diferencias a las puramente religiosas sino que éstas se combinan, como en todo el Oriente Medio, con las diferencias raciales e idiomáticas además de las diferencias provocadas por los distintos modos de vida (nómadas y seminómadas unos 615.000 siendo el resto sedentarios). A este problema de división de por sí peliagudo hay que agregar el que Siria haya heredado del Mandato de Francia el fraccionamiento del país en territorios que incrementaban las separaciones entre grupos religiosos o raciales con vistas a facilitar el control francés, de suerte que existen en Siria distritos donde la mayoría realmente no es siria. Tal es el caso del Yebel Druso, donde la mayoría es drusa, procedente del Líbano en el siglo pasado, cuyas creencias¹⁴, particularismo y estructura social feudal no están en la línea del racionalismo y los propósitos de organización moderna preconizados por Damasco, cuando se lo permiten las circunstancias políticas. Otro tanto sucede en el territorio llamado de Latakíe, donde el 60 por 100 de la

¹⁴ Los drusos creen singularmente en que Dios se encarna en todas las épocas en la Humanidad, como los indúes. En la teología drusa, el Jalifa Hakím es la representación de Dios en cuanto que unidad. Los drusos, que creen en la reencarnación de las almas, no tienen liturgia ni templos y las reuniones de fieles se hacen en casas particulares. Los drusos se dividen en ukkal (sabios) y yuhhal (ignorantes), pues parte de la doctrina sólo es revelada a los sabios. Constituyen una de las sectas más alejadas del Islam derivadas del Chiísmo.

población pertenece a la secta chiíta de los nosairis¹⁵, repartiéndose el resto entre sunnitas y cristianos, sobre todo ortodoxos. Si el problema que plantea la minoría drusa es delicado, más aún resulta serlo el de los alauis, cuyo particularismo, muy fomentado durante el Mandato francés, se complica con el hecho de existir en el territorio familias rivales, cada cual con sus partidarios. Frente a este grupo un tanto inquieto no desempeñan el papel de contrapeso los musulmanes y los cristianos unidos en un afán político semejante: si los primeros han aceptado la plena integración en la vida general de Siria, los segundos, acaso, conservan la nostalgia de una unión con el Líbano. En cuanto al Yazireh, antaño poblado por beduinos y por una minoría kurda, su fisonomía se transformó bajo el Mandato francés al instalarse en el territorio numerosos cristianos (armenios ortodoxos y católicos, sirios ortodoxos y católicos, caldeos), así como núcleos kurdos arabizados y, en cierto modo, contrapuestos a los antiguos moradores fieles a sus dialectos y sus costumbres tribales, aunque agitados por un vago autonomismo que difícilmente puede ser llamado nacionalismo¹⁶. A estas comunidades hay que agregar asirios huídos de Iraq en 1933. Desde 1941, el Yazireh forma parte integrante de Siria. Por no existir una mayoría ni una minoría dominante, susceptible de marcar la pauta a un coro de autonomismos, se produce entre las comunidades con relación al poder central una especie de equilibrio, sólo alterado por tensiones entre las comunidades y entre nómadas y sedentarios.

En el resto de Siria, aunque no esté tan acentuada como en estos territorios la división de la población, ésta dista de ser homogénea. Diseminados por Siria hay núcleos ismaelitas de raza árabe, turcomanos, que han permanecido en el territorio después de retirarse Turquía, circasianos musulmanes, pero que usan su propio idioma y se muestran pasivos ante los esfuerzos de asimilación de Damasco, aparte de los 100.000 kurdos afin-

¹⁵ La doctrina de los nosairis, llamados alauitas por su culto a Aali, es una mezcla de Cristianismo, paganismo e Ismaelismo, ya que creen en la Trinidad divina, en la Encarnación de Dios en un hombre—que fué Aali—y además en un mundo espiritual de seres celestes (simbolizados en los astros) y colocados debajo de la divinidad inefable. Fernando Frade, obra citada, pág. 107.

¹⁶ El programa del nacionalismo kurdo se basa en la independencia de las provincias de mayoría kurda. Pero un concepto tribal contrapuesto a un sentir auténticamente nacional ha neutralizado los esfuerzos de la minoría evolucionada kurda empeñada en aunar esas tribus en un movimiento único. Se estima que los kurdos del Oriente Medio reciben alientos independentistas por tribus interpuestas: las kurdas radicadas en la U. R. S. S.

cados en Alepo, Damasco y el Norte del país, en zonas fronterizas con Turquía. Constituyen en esta región una masa campesina organizada en tribus, recelosas del nacionalismo árabe y opuestas a Turquía. Al parecer, no dejan de tener simpatías con los kurdos de la U. R. S. S., que testimonia singular interés por alentar su llamado nacionalismo. Divididos en sunnitas y chiítas, estos kurdos suelen ser bilingües (dialecto kurdo y árabe), como también suelen serlo otros grupos raciales y religiosos presentes en Siria, cuales los alauis, los yezidis, los «asesinos»¹⁷, los *aali-il-lahis*¹⁸ y los cristianos.

Tales diversidades religiosas, superpuestas con frecuencia a la diversidad racial, es en Siria una dificultad que el enfoque sirio del nacionalismo—más flexible que en otros países—trata de resolver sobre la base de no establecer discriminaciones entre musulmanes y fieles a una religión «revelada», como es el Cristianismo. De hecho, en los partidos políticos sirios se han mezclado musulmanes y cristianos árabes, animados del deseo de lograr una unidad. Pero la asimilación de otras minorías, que por muy pasivas que sean no dejan de constituir una realidad en la vida de la nación, es labor lenta que exige continuidad, una continuidad que exige a su vez un equilibrio interno que, desgraciadamente, Siria no ha logrado. De suerte que, aun oponiéndose la mayoría siria de raza árabe—lo mismo musulmanes que cristianos—a conceder un régimen especial a las minorías, ello no equivale a decir que se ha conseguido que participen activamente en la vida nacional. Y no puede por menos de ser así mientras Siria no trace un programa de política que armonice tanta divergencia, asignando a cada comunidad o grupo racial un puesto, una tarea y una misión en el quehacer, sea de la nación siria o, más difícilmente, en el de la nación árabe.

¹⁷ Subsecta del Ismaelismo, a su vez secta del Chiísmo. Llamados «asesinos» por deformación de la palabra árabe «hachichiun» o «hachich», brebaje del que usaban para embriagarse con fines místicos y otras finalidades menos espirituales, pero favorables para los propósitos de los jefes de la secta. Una serie de crímenes misteriosos pusieron en torno a los «asesinos» un ambiente de terror. La secta estaba fuertemente instalada en Siria a finales del siglo XI. Los cruzados tuvieron que vérselas con esos fanáticos. Fueron los sultanes mamelucos quienes destruyeron el poder de los «asesinos», de los que sólo sobrevive una pequeña minoría en el Irán, Omar y Zanzíbar, aparte de Siria y el Iraq en el Oriente Medio.

¹⁸ Los *aali-il-lahis* comprende una multitud de subsectas chiítas cuyas creencias son sobre todo profesadas por gentes humildes que adoran a Aali, creen en los doce Imanes y en las siete manifestaciones de la divinidad sobre la tierra, cada cual acompañada de un cortejo de ángeles.

La división de las clases dirigentes políticas entre partidarios de la nación árabe y partidarios del nacionalismo sirio, que explica la unión con Egipto de 1958 y la dislocación de la R. A. U. en 1961, no es factor que contribuya, al menos de modo inmediato, a la articulación de tanta minoría dispar en una unidad de destino.

A la pobreza natural del Reino Hachimita de Transjordania, llamado de Jordania desde la anexión de parte de Palestina en 1948, se añade la disparidad de los territorios que lo constituyen¹⁹, aunque en este país la población no sea tan heterogénea como en sus vecinos Siria e Iraq. No obstante, a la gran división entre nómadas y sedentarios de una población de 1.636.000 habitantes esparcidos en 95.000 kilómetros cuadrados, musulmanes en su mayoría, hay que agregar unos 40.000 árabes cristianos (griegos ortodoxos, católicos romanos y unos pocos protestantes), aparte de una minoría racial de circasianos (12.000) que es musulmana. Hay, pues, musulmanes sedentarios y nómadas, y también grupos cristianos nómadas, que en nada se diferencian de los musulmanes, a no ser por la religión. Pero a esta población, relativamente una, se han sumado desde 1948 los refugiados árabes de Palestina. Constituyen una minoría, que es de hecho una masa que aumenta por años, dado el empuje demográfico, la cual representa el tercio de la población total de Jordania. En el cuadro del problema de las minorías son un problema particular que escapa a los objetivos de este trabajo.

Estrechamente vinculado a la guerra judeo-árabe de 1948, el Estado de Israel se asienta sobre el hecho racial de la unidad judía, cualesquiera que hayan sido los avatares, circunstancias, formación cultural e idioma de cada uno de los judíos a lo largo de la secular *Díaspóra*²⁰. Por ello, a pesar de la unidad racial de Israel y de la unidad idiomática que el Estado se esfuerza en imponer, existen en ese nuevo—o muy viejo—país auténticas minorías no admitidas ni por la ley ni por la administración, pero que se refugian en los partidos donde hacen acto de presencia chillona, aparte de existir, la evidente división entre «asquenazis» procedentes

¹⁹ «El Norte se ha llamado durante mucho tiempo Siria del Sur. El Este es codiciado por el Iraq y la Arabia Saudita. El Oeste, que durante mucho tiempo formó parte de Palestina, es reivindicado por el Estado de Israel», Benoist-Méchin, obra citada, pág. 362.

²⁰ Los judíos, tantas veces víctimas del racismo, han sustentado no obstante la teoría de la raza al extremo de que ésta constituye la razón suprema de la creación del Estado de Israel.

de Alemania, Polonia y Rusia y «sefarditas» procedentes de Turquía, Grecia, Bulgaria y el Norte de Africa²¹, aparte de las minorías sensiblemente arabizadas huídas del Iraq y del Yemen y las viejas familias que tradicionalmente vivían en Israel. Existe también la división entre laicos o ateos y religiosos, reducidos éstos a una minoría. Pero aun admitiendo la unidad oficial del Estado de Israel, coexistiendo con esa mayoría judía en el territorio hay 170.000 árabes, musulmanes unos 120.000 y cristianos el resto, de los cuales unos 12.000 católicos, y además 16.000 drusos de lengua árabe, todos ellos encajados en una superficie territorial de 21.000 kilómetros cuadrados. Israel ha reconocido la existencia jurídica de la minoría árabe, singularmente la de la más numerosa, sea la musulmana. Parte de esos musulmanes gozan de la ciudadanía israelí y todos ellos tienen un estatuto especial en lo social y en lo religioso. Tres diputados árabes, sin distinción de creencias, representan a los árabes en el Parlamento israelí. Oficial y teóricamente, la máquina estatal funciona sin agarrotamientos ni fricciones, pero esos «refugiados del interior» no dejan forzosamente de recibir el impacto de las presiones ejercidas por los países vecinos. Aunque la convivencia no resulta perturbada, aparece dudosa la íntima adhesión de los árabes, antiguos habitantes ellos también del territorio, a un poder embarcado en la empresa de construir un Estado *sui generis*. Lo cual demuestra que el problema de las minorías no cesa de ser problema aun cuando la mayoría gobierna sin otros sobresaltos que los normales en toda acción política, que es en definitiva vida, luego lucha.

La situación geográfica y las circunstancias históricas del Iraq, así como los antecedentes de su promoción a la independencia, acentúan, si cabe, el problema de las minorías heterogéneas por todos conceptos, en esas antiguas tres provincias de la wilayet de Mesopotamia. En una superficie de 435.000 kilómetros cuadrados, la población, que alcanza 6.590.000 habitantes, junto a la mayoría árabe o mestiza de árabe, comprende unas minorías que, agrupadas, totalizan la cuarta parte de esa población. La minoría más numerosa es la de los kurdos, afincados en el Norte y el Noroeste, sunnita en su mayoría, pero cuyos chítas se hallan divididos por la fidelidad a diversas sectas, división religiosa que se superpone a la provocada por el hecho de que si parte de esos kurdos conserva sus cos-

²¹ Vid. Luis Carandell, *Oriente Medio tiene la palabra*, José Janés, Editor, Barcelona, 1957.

tumbres y su lengua, otro sector se ha arabizado, singularmente aquel que constituye la burguesía y los intelectuales. Es en estos últimos grupos donde se fomenta un nacionalismo un tanto artificial habida cuenta de que jamás existió una nación kurda. Pero este argumento que resultaba válido hace unos años es apenas considerado actualmente en que asistimos a la multiplicación de naciones surgidas de la nada histórica²². No obstante, por razones políticas, esos sentimientos de rebeldía más o menos larvada hacia Bagdad fueron fomentados por Francia en tiempos de los Mandatos, ello en el marco de la rivalidad franco-británica en el Oriente Medio, que tanto ha perjudicado a la influencia europea y ha hecho correr hasta la tinta de los novelistas²³. Posteriormente, también la U. R. S. S. se ha esforzado por turbar el Iraq a través de los kurdos, aunque lo hiciera de modo indirecto y solapado. De las rebeliones armadas de los kurdos contra el poder iraquí, señalemos la de Chej Mahmud (1930-1931), la de Ahmed de Barzan (1932), reprimidas por Bagdad con la ayuda inglesa, y la de 1943, dirigida por Mul-la Mustafa y achacable en parte a motivos económicos, dada la pésima situación en que se hallaban las regiones kurdas como consecuencia de la II Guerra mundial. Reprimida esta rebelión como las anteriores, los kurdos no han dejado de ser nunca motivo de preocupación para el poder central, ello durante la monarquía. Desde la instauración de la República, esa zona ha dado muestras de singular inquietud. Sin embargo, la minoría kurda del Iraq venía gozando de un trato más favorable que la de otros países del Oriente Medio, ya que los kurdos podían ser nombrados ministros y desempeñar cargos oficiales, situación que el régimen republicano parece haber modificado, aunque oficialmente no se hayan derogado las garantías escritas de libertad de las minorías dadas en 1932, a raíz de finalizar el Mandato británico con el Tratado anglo-iraquí de 1930, hecho explicable por la serie de levantamientos que se suceden, el último, dirigido por Mohammed El Barbani, que sigue en curso a mediados de septiembre.

Las vicisitudes de la minoría asiria, de religión nestoriana e idioma siríaco, son características de la situación de cualquier minoría en cuanto pretende hacer acto de presencia en el plano político y lo hace con mala fortuna. Durante la I Guerra mundial, los sirios se alzaron contra Turquía con la ayuda rusa. La revolución de 1917 los dejó desamparados. Su agi-

²² En el caso concreto del pueblo kurdo, la creación del Kurdistán en el Oriente Medio requeriría el acuerdo y asentimiento del Iraq, Turquía y además del Irán.

²³ Vid. Pierre Benoit, *La castellana del Líbano*.

tación en pro de una mayor autonomía que aquella de que gozaban en el Imperio otomano llevó a los británicos a desarmarlos e internarlos. Finalizada la guerra y trazadas las nuevas fronteras, resultó que los asirios pertenecían a territorios que seguían formando parte de Turquía, la cual no les autorizó a volver a su tierra natal. El Iraq hubo, pues, de pechar con un problema de minoría turbulenta y desplazada, si bien parte de la misma halló acomodo en el nuevo país, pero conservando la nostalgia de la región natal. Ello le fué creando un complejo de frustración motivado por el hecho de que habiendo tomado parte muy activa en la lucha de los aliados contra Turquía, resultaban víctimas de los acuerdos a que habían llegado vencedores y vencidos, lo cual no impidió que la preocupación británica por los asirios llevara a los iraquíes a considerarlos con todo el recelo debido a unos «protegidos». La tensión entre asirios y el Gobierno del Iraq alcanzó su punto álgido en 1933, en que tuvo lugar una sangrienta rebelión que acabó de dismantelar una minoría cuya unidad interna era notable y cuyos miembros eran excelentes soldados. Los restos de esa minoría que permaneció en el Iraq se alistó en la R. A. F. durante la II Guerra mundial. Por aparecer como defensores del «imperialismo británico» y de sus intereses económicos, posteriormente, si no perseguida, ha sido tratada con absoluto desprecio. Por este motivo, la minoría asiria está actualmente replegada sobre sí misma, diseminada por el territorio iraquí en pequeños grupos, perdida la coherencia que hizo su fuerza, su vana fuerza.

Los 100.000 cristianos del Iraq (caldeos, sirios católicos y ortodoxos, griegos católicos y ortodoxos, católicos romanos y una ínfima minoría protestante), que en parte hablan siríaco y en parte árabe, gozan de un Estatuto particular que les permite vivir en paz, pero al margen de la actividad del Estado, algo así como extranjeros en un país amigo, pese a que su nivel cultural se reconozca superior al de los musulmanes. Por su parte, los armenios católicos y ortodoxos constituyen comunidades urbanas y comerciantes que conservan su idioma y sus costumbres y residen, también ellos, como extranjeros en la tierra donde nacen y mueren, a veces desde generaciones. Señalemos que en Iraq como en otros países del Oriente Medio de mayoría musulmana, el aislamiento de los cristianos débese mucho al recelo ante ese nacionalismo árabe que no obtiene la adhesión de las minorías por la carga de islamismo que contiene. Infimas minorías como las de los mandeos de San Juan Bautista, los turcomanos, etc., no plantean problemas dentro de la norma estatal de ignorar en lo posible

La existencia de tales minorías, ello con el propósito de fortalecer la unidad nacional de base árabe e islámica. Pero los yezidis²⁴, que lo mismo que los asirios, tuvieron una especie de autonomía en el Imperio otomano, conservaron una tradición autonomista que provocó una expedición punitiva. En lo que respecta a los 115.000 hebreos instalados en la antigua Mesopotamia desde hacía varios siglos, de habla árabe, singularmente arabizados y que practicaban «un cierto aislacionismo económico», se los llevó hacia Israel la resaca de la guerra judeo-árabe de 1948.

Por lo demás, lo mismo en el Iraq que en otros países del Oriente Medio, la mayoría musulmana está dividida, al extremo de que sólo sea amplia mayoría merced al común denominador de musulmanes, como sucede en el Líbano con los cristianos. En efecto, aunque políticamente sean los sunnitas quienes desempeñan en el Iraq un papel preponderante, sólo representan el 40 por 100 de la población total, cuyo 52 por 100 corresponde a los chiitas divididos en diversas sectas²⁵.

La complejidad racial y religiosa sobre la que se ha construido el Estado iraquí no deja de ser uno de los motivos de muchas de las dificultades de ese país. Si hasta ahora ha salido adelante sin grandes quebrantos de sus diferentes con ciertas minorías, las de mayor fortaleza y empuje, débese a que no existe coordinación en los movimientos de esas minorías que, por alzarse contra el poder central una tras otra, han permitido a aquél aplastar esos brotes de rebeldía. Pero aún aplastadas, no dejan de contribuir a la siempre un poco azarosa estabilidad del Estado iraquí que, un poco a semejanza del Estado sirio, viene avanzando, pero dando bandazos, por un mar de encontradas corrientes.

Destacado del conjunto, como forzosamente sucede al tratar de un aspecto concreto de los muchos aspectos del Oriente Medio, el problema de las minorías podría dar la impresión de ocupar un lugar preeminente en el escenario de los países donde existe. La realidad es más matizada y actualmente este problema se difumina un tanto detrás de cuestiones

²⁴ Los yezidis o adoradores del diablo creen en Dios, poder supremo infinitamente bueno y misericordioso, motivo por el cual estiman estar asegurados de su benevolencia. En cambio el diablo, poder inferior que reina en la tierra, por su maldad necesita ser aplacado con rezos y ofrendas. Este es el aspecto más destacado de esa curiosa creencia.

²⁵ Los chiitas del Iraq pertenecen en su mayoría a la secta Imamiía, que es la religión oficial del Irán, o sea, a una de las principales ramas en que se fraccionó la Chiaa (partido) después de la muerte de Husein, hijo de Aali.

más apremiantes. Por otra parte, la existencia de minorías separadas de la mayoría por la raza, el idioma o la religión no es privativo de esa región del mundo. La misma Europa tuvo y sigue teniendo minorías, singularmente la Europa central, desempeñando éstas papel tan activo en la Historia que las hallamos en el origen de las dos guerras mundiales: en la primera, con los serbios, en la segunda, con los sudetes y los polacos de Danzig. Hoy en día, aunque resuelto aquí y neutralizado allá, por ejemplo en Yugoslavia con la fórmula federativa, de vez en cuando surge la cuestión del Alto Adigio o Tirol del Sur, que es tanto asunto de minorías como de un territorio en litigio entre Austria e Italia. Por ello, no cabe admirarse de que existan minorías en el Oriente Medio. Todo bien considerado, las minorías medio orientales no pasarían de ser un hecho o una mera cuestión sin la menor trascendencia si los países del Oriente Medio fueran naciones susceptibles de encajar en el molde occidental de una nación desde sus respectivos orígenes, pues ello daría lugar a un proceso evolutivo de articulación entre sí de las minorías semejante al de Europa, en la cual no se consigna como razón determinante de la creación de esta o aquella nación «la raza, la lengua, los intereses, la afinidad religiosa, la geografía, las necesidades militares», como dedujo Renan después de analizar el porqué de una nación. Su definición de qué es una nación, tal y como la entendemos los occidentales, deja al margen esas Constituciones, parlamentos, partidos políticos y sufragios universales que en el Oriente Medio resultan superpuestos a realidades que difieren en absoluto de las realidades occidentales que crearon esas superestructuras. Porque «una nación es un alma, un principio espiritual—concluyó Renan—. Dos cosas que, en verdad, tan sólo hacen una, constituyen esta alma, este principio espiritual. La una está en el pasado, la otra está en el presente. La una es la posesión en común de un rico legado de recuerdos, la otra es el consentimiento actual, el deseo de vivir juntos, la voluntad de seguir haciendo valer la herencia que se ha recibido indivisa».

¿Cabe aplicar esta definición a país alguno del Oriente Medio? Huelga contestar que no. Por ello, estimamos que la fórmula que resolvería el problema de las minorías en beneficio de los diversos países del Oriente Medio ha de situarse en otros planos que los utilizados por el mundo occidental hasta hacer de sus naciones «un alma, un principio espiritual», lo cual, en el Oriente Medio, ajeno al proceso de secularización iniciado con el Renacimiento, tendería a la confusión del principio espiritual con la creencia, como ya existe la confusión del nacionalismo árabe con el Isla-

mismo. La integración de las minorías raciales, idiomáticas o religiosas no cabe tampoco esperarla de «la voluntad de seguir haciendo valer la herencia que se ha recibido indivisa», sino de la voluntad de crear un legado de desarrollo cultural y económico nacido del deseo de cada individuo, de cada comunidad, de vivir con la máxima dignidad humana en el marco de la solidaridad que entraña el hecho de estar embarcados en la misma nave para bien o para mal. De lo cual se deduce la conveniencia de dejar en segundo plano recuerdos históricos de glorias y dominaciones por parte de unos, de miserias y opresiones por parte de otros. Por circunstancias históricas, los países del Oriente Medio son híbridos: a la vez muy viejos y muy jóvenes en su contextura actual. Pero una nación, tanto como una herencia histórica, puede ser un «programa de futuro». Un esfuerzo de elevación cultural y de desarrollo económico coherente, realizado sin discriminaciones, puede ser, a nuestro modesto entender un programa susceptible de aunar mayorías y minorías que, si quieren vivir, han de hacerlo mirando hacia el mañana y no vueltas hacia el pasado, como la mujer de Lot, contemplando grandezas desvanecidas o amargos recuerdos.

CARMEN MARTIN DE LA ESCALERA.